



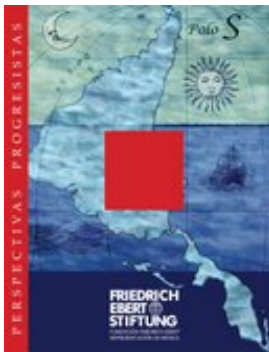
La izquierda extraviada

Raúl Trejo Delarbre



Publicación editada por la Fundación Friedrich Ebert en México. Las opiniones vertidas en los documentos que se presentan, así como los análisis y las interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja, necesariamente, los puntos de vista de la Fundación.

Perspectivas Progresistas



Perspectivas Progresistas

Con el nacimiento de *Perspectivas Progresistas*, publicación de la Fundación Friedrich Ebert en México, pretendemos animar el debate público para pensar México desde miradas progresistas así como ofrecer una plataforma para el diálogo entre actores socio-políticos, académicos e intelectuales identificados con una concepción moderna y democrática de la centro-izquierda.

www.fesmex.org

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de la exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Fundación.

Publicación de la Fundación Friedrich Ebert en México

Copyright, FESMEX 2007. Todos los derechos reservados.

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse a la Fundación Friedrich Ebert en México. En caso que contrapartes deseen reproducir esta obra, sólo se les solicita que mencionen la fuente e informen a la Fundación de tal reproducción.

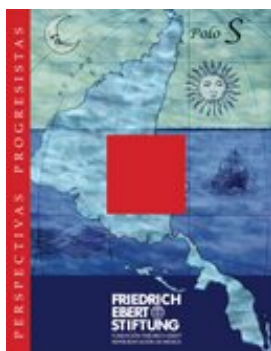
Fundación Friedrich Ebert (FESMEX)

Yautepec 55, Col. Condesa

Tel: 55535302

Fax 52541554

CP. 40123



La izquierda extraviada

Raúl Trejo Delarbre¹

Si no fuera por el interés que suscitan estas discusiones tanto en el campo de la política como en el mundo académico, uno tendría que preguntarse qué sentido tiene pensar acerca de la izquierda en un escenario público en el que ese flanco del quehacer político ha quedado tan desdibujado, o tan asimilado a otras coordenadas ideológicas. No me refiero a la, en términos generales, hace rato superada discusión acerca del fin de las ideologías. Aquel diagnóstico, que se puso de moda a comienzos de los años 90, era tan arbitrario que se convirtió él mismo en parte de una ideología. Cuando sugiero que discutir a la izquierda puede ser una tarea tan peliaguda que puede quedarse en el solo intento, quiero destacar la enorme carga subjetiva que hay tanto en la definición como en las identidades que se construyen alrededor de ese concepto.

El esfuerzo, sin embargo, vale la pena antes que nada como ejercicio de esclarecimiento en nuestra vida pública. Cuando estamos ante conductas, decisiones y personajes políticos que se reclaman de izquierda aunque su

¹ Ponencia presentada el 12 de marzo de 2007 en el marco del Seminario de Estudios Avanzados organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM con el apoyo de la Fundación Friedrich Ebert: “Izquierda, democracia y crisis política en México: posibilidades de una socialdemocracia en México”, coordinado por el Dr. Roger Bartra y el Dr. Francisco Valdés Ugalde.

historia, actitudes y definiciones se encuentran en las antípodas de lo que solía ser ese flanco de la vida pública, cuando con banderas de izquierda se perpetran o legitiman comportamientos autoritarios y/o en contra de las más elementales normas de la democracia o incluso cuando el partido que ejerció de manera autoritaria el control político de este país decide que ahora será de izquierda ², estamos evidentemente ante una utilización caprichosa de ese término.

Por eso no es superfluo preguntarnos de qué estamos hablando cuando nos referimos a la izquierda.

“La izquierda –dice el parlamentario socialista francés Henri Weber– es ante todo una actitud frente a la sociedad” ³. “Ser de izquierdas –para el periodista español Juan Luis Cebrián– es un homenaje a la disidencia como principio... es la disidencia del poder”.⁴

A la izquierda la definen sus propósitos y antes que nada la agenda de sus inquietudes más inmediatas. “Cuando la izquierda comienza a conocerse como tal –explica el profesor español Ramón Cotarelo–, se trata de una corriente política partidaria de la igualdad legal, de la educación laica y gratuita, de la separación entre la iglesia y el Estado, de la libertad de expresión, del Estado de derecho y de otros enunciados de este jaez, como el sufragio universal” ⁵.

“La izquierda –sentencia el ex ministro italiano Giorgio Ruffolo– es el cambio contra el orden inmutable. Es el progreso contra la conservación. Es la libertad del ciudadano contra la opresión del poder. Es el significado laico de la alegría de vivir contra el miedo sagrado de la trasgresión. Es la razón contra el dogma. Es la fraternidad contra el servilismo...” ⁶.

² A comienzos de 2007, cuando estaba en campaña para alcanzar esa posición la presidenta nacional del Partido Revolucionario Institucional, Beatriz Paredes, propuso que esa organización política se reorientara rumbo a la centro izquierda: Ciro Pérez Silva, “Apoyar a la IP, plantea Jackson; PRI de centro izquierda, propone Paredes”. *La Jornada*, 30 de enero de 2007. Posteriormente, ya como dirigente nacional del PRI, Paredes aclaró que ningún partido en el mundo incorpora a sus estatutos su pertenencia a la izquierda y que en todo caso serían sus acciones y no una definición en sus documentos básicos lo que señalaría la filiación política del PRI. Jesús Teherán, “Pospondrá Paredes promesa de ‘izquierdizar’ al PRI”. *El Universal*, 28 de marzo de 2007.

³ Henri Weber, *La izquierda explicada a mis hijas*. FCE, Buenos Aires, p. 14.

⁴ Juan Arias, *Juan Luis Cebrián: una mirada diferente*. Maeva Ediciones, Madrid, 2003, p. 106.

⁵ Ramón Cotarelo, *La izquierda: desengaño, resignación y utopía*. Ediciones del Drac, Barcelona, 1989, p. 17.

⁶ Giorgio Ruffolo, “En torno al concepto de izquierda”. *Leviatán* número 47, primavera de 1992, Madrid, p. 73.

Al preguntarse “¿cuáles son los valores que debería hacer suyos la izquierda?” la pensadora catalana Victoria Camps responde: “Creo que deberían ser los valores de la Ilustración: la libertad, la igualdad, la fraternidad, insistiendo mucho en la igualdad, que es lo que el neoliberalismo no va a hacer suyo nunca”⁷.

Otra manera de bosquejar a la izquierda es en contraposición a la derecha. Esta se ha singularizado por salvaguardar el orden en tanto que a la izquierda le correspondía, en la apreciación habitual, la reivindicación del cambio. Sin embargo, conforme las sociedades se han desarrollado, los partidos tradicionales se han adherido a banderas que antaño eran prácticamente patrimonio de las izquierdas.

El dirigente socialista español Alfonso Guerra lo explica de manera enfática: “Los márgenes se han reducido, ya que no resulta tan nítida la diferencia de las posiciones que proclaman defender los de izquierda y los de derecha. Hasta hace bien poco la derecha era la depositaria de la defensa de la ley, del orden, del capital, de la propiedad privada, el nacionalismo, el poder. A la izquierda se le atribuía la defensa de los ciudadanos frente al poder, de los derechos de los trabajadores, del sector público, el empleo y el internacionalismo. Actualmente todos defienden, al menos retóricamente, los mismos valores. Se ha sustituido la estrategia de la confrontación política por el consenso, lo que hace más difícil la distinción de posiciones”⁸.

Y junto a esa mixtura en donde hay quienes han supuesto que las ideologías ya caducaron cuando lo que sucede es que experimentan una intensa actualización, se encuentra una suerte de travestismo político en donde para complacer las exigencias de la coyuntura, o en busca del beneplácito de quienes de otra manera no compartirían sus postulados, la izquierda se pone ropajes de la derecha y viceversa. El escritor Eduardo Haro Tecglen ha descrito con alegórico sarcasmo dicha situación: “Está pasando con la izquierda lo que empezó a pasar con Dios. Ha desaparecido, está escondida, se disfraza, toma nombres diversos mientras otros se apoderan del suyo. A veces conserva los nombres clásicos para fingir mejor... la izquierda política, de clase política y no social, se ha convertido en una derecha disfrazada”⁹. Quizá, en todo caso, sea más pertinente hablar de ella en plural –*izquierdas*– reconociendo así la diversidad de opciones, trayectorias y empeños que comprende –a veces incomprendida de sí misma– la estropeada cuan vigente izquierda.

⁷ Julia Navarro y Raimundo Castro, *La izquierda que viene*. Espasa, Madrid, 1998, p. 412.

⁸ Alfonso Guerra, *Diccionario de la izquierda*. Planeta, Barcelona, 1998, p. 24.

⁹ Eduardo Haro Tecglen, *Ser de izquierdas*. Temas de Hoy, Madrid, 2001, p. 26.

Jactanciosa suficiencia e ilusión dogmática

Cuando nos asomamos a las discusiones sobre la evolución y las crisis de las izquierdas en otros países encontramos preocupaciones y matices que no suelen estar presentes en la reflexión mexicana sobre este tema. Asuntos como el agotamiento o la sustitución del sujeto histórico del cambio, el nuevo papel o incluso las metamorfosis de la clase obrera, la inevitable condición pluriclasista de las sociedades contemporáneas, el papel de las reformas en la sociedad de mercado, los diferentes modelos de partido que se ajustan o no a esas nuevas circunstancias y el debate de posiciones ante la derecha, han ocupado constructivas consideraciones en el pensamiento de izquierdas en Europa lo mismo que en otros países de América Latina. En México, con escasas excepciones¹⁰, cuando se habla de la izquierda contemporánea es para inventariar las agresiones e incomprensiones que sufre o, desde otro punto de vista, para enumerar sus desatinos pero casi siempre con perspectivas ancladas a las coyunturas más recientes. Pareciera que la izquierda actual surgió de repente o que, al contrario, siempre hubiera estado allí pero esa presencia se asume como si no hubiera experimentado mutaciones drásticas.

Los debates que en otras latitudes ocupan y preocupan a las izquierdas, en México han pasado de noche o han inquietado solamente a unos cuantos. No tenemos una izquierda que, como tal, practique el intercambio y la confrontación de ideas como instrumentos en el ejercicio rutinario de la política. En ocasiones, las izquierdas y muchas de sus figuras se encuentran imbuidos de una jactanciosa suficiencia porque consideran que sus hechos y dichos están justificados por el solo hecho de aspirar a ideales *superiores* o porque hablan y actúan a nombre de los más desamparados en esta sociedad. Esa presunción es causa lo mismo de una costosa parálisis política –como cuando las izquierdas se conformaban con augurar el advenimiento del orden social justo sin hacer mucho más que esa profesión de fe– que de riesgosos síndromes autoritarios.

En el primero de los casos, las izquierdas quedan atrapadas en su propia retórica y su horizonte político es el que construyen las voluntaristas apreciaciones de la realidad que han querido ver. Entonces se convierten en

¹⁰ Entre otros Roger Bartra, *El reto de la izquierda*. Grijalbo, México, 1982; con un sesgo distinto pero interesante Enrique Semo *La búsqueda*. Primer tomo 2003, segundo tomo 2004, Océano, México. Y el libro de entrevistas de Antonella Attili *La política y la izquierda de fin de siglo*, Cal y Arena, México, 312 pp.,

autoras de extensos y a veces intensos lugares comunes con los que atiborran el escenario público. Dice, con razón, Teodoro Petkoff: “Cuando la izquierda vaticina que las cosas van a tomar tal o cual rumbo –‘que desde el comienzo puede perverse’– parece creerse en posesión del ‘secreto’ de la esencia capitalista de ellas. Aparentemente, sólo ella sabría que existen intereses económicos privados o que entre éstos y los círculos oficiales existen nexos. Con semejante piedra filosofal en la mano, la izquierda puede sentirse segura de no errar. Y es claro que no se equivoca; siempre sabe responder con acierto a la pregunta sobre el color del caballo blanco de Bolívar”¹¹.

Esa presunta preeminencia moral de la izquierda pareciera derivarse de las rígidas certezas que propugnaban las lecturas más maniqueas del pensamiento marxista. “La izquierda sostiene su pretensión a la superioridad moral en el mismo argumento que permitía a los marxistas contar con una especie de privilegio cognitivo gracias al carácter irrefutablemente científico de su doctrina”¹², recuerda el académico español Ramón Cotarelo. Pero los fundamentalismos ideológicos son tan aborrecibles como los de cualquier otra índole y resultan cada vez más contradictorios con la diversidad y la apertura – de ideas, posiciones, diagnósticos, opciones– que florece en las sociedades de hoy en día. El fundamentalismo de los popes de izquierdas que consideran que sus acciones están legitimadas porque las emprenden a nombre de lo que ellos consideran el interés popular o porque pretenden un fin *superior*, es fuente de grandes fracasos o de enormes arbitrariedades.

Esa ilusión dogmática en la infalibilidad de las izquierdas no es sino una versión, con coartada revestida de altruismo social, de aquel principio más allá de los principios –y que con tanta alevosía le ha sido adjudicado a Maquiavelo– según el cual el fin justifica los medios. Después de todo, la pretensión de que cualquier conducta se encuentra legitimada por el objetivo que presuntamente se intenta alcanzar forma parte del quehacer político más ordinario. Cuando se justifican así, las izquierdas pragmáticas no son sustancialmente distintas de la politiquería más vulgar pero, eso sí, llegan a tener subterfugios aparentemente magnánimos. A la simulación –o el impudor– de los políticos convencionales, se añade la impostura de esa pretendida supremacía ética.

También simuladora es la pretensión de encontrar en la izquierda una concepción del mundo capaz no sólo de trazar el futuro sino de, además, establecer cartabones para todos los ámbitos –prácticas sociales, tendencias

¹¹ Teodoro Petkoff, *Proceso a la izquierda (O de la falsa conducta revolucionaria)*. Editorial Mosaico, México, 1978, pp. 128-129.

¹² Cotarelo, cit., p. 56.

culturales, relaciones personales, etcétera– de las actividades humanas. La izquierda puede ofrecer una idea e incluso un rumbo del quehacer político distintos de los que proponen otras vertientes ideológicas. Pero cuando se le toma como faro orientador en otros ámbitos, nos encontramos ante un inmoderado sobredimensionamiento que acaba por hacer de ella un credo a cuyos devotos los cohesiona fe y no la razón –como sería deseable en asuntos tan terrenales como la política–.

Hacer de la izquierda una creencia conduce, además, a conductas intolerantes con todo aquello que no se ajuste a ella. El respetado alcalde socialista y filósofo don Enrique Tierno Galván manifestaba “cierta desconfianza hacia la izquierda como concepción del mundo, ya que implica cierto dogmatismo, como ocurre con todas las concepciones del mundo que tienen la pretensión de definir qué es lo mejor y qué es lo peor para todos y en cada caso”¹³.

Creciente identificación con la *derecha* (whatever that means)

Cuando las actuales izquierdas mexicanas –o los grupos a los que se acostumbra adjudicar esa denominación– discuten algo, suele ser con la mira puesta en las circunstancias y dificultades más inmediatas. El debate de ideas, que en otros sitios es consustancial a las izquierdas, aquí solo existe de manera accidental y ocasional.

No siempre fue así. El talante discutidor de las izquierdas mexicanas en otros tiempos de tradujo incluso en desencuentros y escisiones tan intensos como, con frecuencia, irreparables. No nos detendremos aquí en el recuento de las copiosas aunque a veces absortas polémicas que surcaron el panorama de tales izquierdas durante por lo menos medio siglo, hasta ya entrados los años 80 de la centuria pasada. Pero es imposible dejar de recordar la intensidad discursiva y con frecuencia la fundamentalista vehemencia con que se discutían asuntos como la caracterización del Estado mexicano, la condición de las vanguardias respecto del conjunto de la sociedad, las distinciones entre partidos de cuadros y partidos de masas, así como la necesidad o la inutilidad de las reformas al régimen político en este país. La índole marginal que durante gran parte de dicho periodo tuvieron las izquierdas mexicanas propiciaba que aquellos diferendos se convirtieran, a menudo, en el centro de las inquietudes de sus militantes. Pero si la discusión o la especulación en exceso definían en parte a aquella izquierda ensimismada, más tarde la impremeditación y el

¹³ Enrique Tierno Galván, “¿Qué son las izquierdas?”. Citado por Navarro y Castro, cit., p. 17-18.

pragmatismo serían distintivos de las fuerzas y coaliciones políticas que la sucedieron.

El espacio de la izquierda mexicana, a diferencia de las izquierdas en otros países, había sido fundamentalmente ideológico. Aunque en la creación de los grandes sindicatos y centrales obreras desde los años veinte y todavía hasta los cuarenta del siglo XX la participación de militantes de ese signo e incluso las decisiones del Partido Comunista Mexicano fueron significativas, muy pronto las corrientes de izquierda fueron desplazadas, a veces merced a la persecución y la represión, de las organizaciones gremiales más importantes. A diferencia de los grandes partidos de ese signo en países europeos y en América del Sur, la izquierda mexicana alcanzó una débil implantación en los sindicatos. Más tarde su presencia en los movimientos sociales fue desigual.

No obstante, la izquierda en México había tenido una imagen favorable tanto en la sociedad como, incluso, en áreas del mundo político que podrían haberse considerado antagónicas a ella. En 1932 el creador del sindicalismo moderno en este país estipulaba que “el camino está a la izquierda”¹⁴. Tres décadas más tarde el entonces presidente de la República, Adolfo López Mateos, declaró que su gobierno era “de izquierda, dentro de la Constitución”. E incluso en el nada remoto 1995 el entonces secretario general del Partido Acción Nacional afirmó, a propósito de una encuesta acerca de la tendencia ideológica de los militantes panistas, que él se consideraba como de “centro izquierda”¹⁵. Ahora ese dirigente del PAN es Presidente de la República.

En la década de los 90, por lo general las encuestas que indagaban acerca de la identificación ideológica de los ciudadanos encontraban que muy pocos se consideraban a sí mismos de derecha. Ocurría la misma reacción que

¹⁴ Vicente Lombardo Toledano en un discurso, que sería conocido por esa frase, en julio de 1932. Aquella alocución señaló su ruptura con Luis N. Morones, el creador de la Confederación Regional Obrera Mexicana, CROM, y despejó el camino para la formación de la “CROM depurada” a partir de la cual surgiría, en 1936, la Confederación de Trabajadores de México.

¹⁵ Felipe Calderón Hinojosa escribió lo siguiente acerca de una encuesta en donde el 14% de los miembros de su partido se consideraba más cercano a la izquierda que al centro políticos: “34 por ciento de los entrevistados considera que el PAN es un partido de centro. Si a ese porcentaje se sumaran los que consideraron al partido como de ‘centro izquierda’ (14 por ciento) y los ‘centro derecha’ (16 por ciento), estamos hablando de que los panistas consideran al PAN como un partido de centro en 64 por ciento. Sin embargo, un servidor hubiese preferido pertenecer al 14 por ciento de entrevistados. Durante años, la tradición consistía en rechazar, más o menos tajantemente, la geometría política. ‘Usted dígame dónde está el centro, y yo le diré si somos de izquierda o de derecha’, contestaba Efraín González Morfín a quien le formulaba como presidente nacional tal pregunta. Habría que ver qué entienden entrevistador y entrevistado por izquierdas y derechas. Esta discusión ha perdido en mucho su sentido”. Felipe Calderón, “Partido de doctrina”. Enfoque, suplemento de *Reforma*, 2 de abril de 1995.

Alfonso Guerra identificaba en Europa: “Hay pocos que se autoproclaman de derecha, porque el término ha adquirido un tono cultural muy negativo. Todas las derechas se autodefinen ‘de centro’ en una operación de maquillaje ideológico”. Ese pensador político recomienda: “El procedimiento más claro para identificar a los que ideológicamente se sitúan en la derecha consiste en preguntar si creen que la división en izquierda y derecha existe aún. Si la respuesta es que ya no tiene sentido hablar de derecha e izquierda, el que habla es, con seguridad, un hombre de derecha”¹⁶.

En México, igual que en muchos otros sitios, se veía mal esa adscripción política. La derecha, al menos en el terreno de las imágenes públicas, tenía escasa implantación en un país en donde, más allá de inconsecuencias y enmascaramientos, pretenderse de izquierda era políticamente correcto – incluso antes de que la corrección política, ese inventario de fundamentalismos tan avasalladores como irreflexivos, se hubiera puesto de moda—. Sin embargo en los años más recientes las preferencias a favor de la derecha, como señal de identidad entre los ciudadanos, han venido incrementándose.

En octubre de 2005 la encuesta “Panel México 2006” encontró que el 24% de los ciudadanos en este país se consideraba entre la centro-izquierda y “muy de izquierda”, en tanto que el 21% se identificaba en alguno de los rangos de la derecha. Un 19% se colocaba al centro, 12% dijo que no se consideraba en ninguna de esas adscripciones y un mayoritario 25% no sabía o no contestó¹⁷. Eso es algo de lo mucho que ha cambiado en el escenario político mexicano. A diferencia de épocas anteriores, ahora cada vez más mexicanos se consideran de derecha.

Aun es preciso saber qué entienden los mexicanos por “derecha” e “izquierda”. En todo caso, por lo menos desde mediados de la primera década del nuevo siglo, la mayoría de los ciudadanos en México identifica al PAN con la derecha y al PRD con la izquierda. Una encuesta de Consulta Mitofsky levantada en agosto de 2005 encontró que para el 61% de los ciudadanos Acción Nacional era de derecha aunque el 21% consideró que es de izquierda. Al PRI, el 48% lo consideró de derecha y el 31% de izquierda. Y al PRD, el

¹⁶ Guerra, cit., p. 86.

¹⁷ “Resultados generales de la Encuesta Panel México 2006” realizada por Grupo Reforma y el Instituto Tecnológico de Massachussets. Disponible en:
<http://web.mit.edu/polisci/research/mexico06/PdQDGi.htm#project>

36% lo calificó de izquierda en tanto que para el 35% de los ciudadanos ese partido era de derecha ¹⁸.

De la ilusión revolucionaria al atrabiliario pragmatismo

Quizá no estaban muy equivocados. Con frecuencia, a nombre de la izquierda se cometen tantos abusos, se trafica de tal manera con falsedades e incluso, cuando dirigentes reputados de izquierda llegan al poder, se consuman acciones y decisiones tan distantes de las aspiraciones de esa vertiente ideológica, que no solamente se difuminan las vallas entre derechas e izquierdas. Además, tales arbitrariedades abonan en el descrédito de las izquierdas.

Hace casi tres décadas, algunos de quienes en México pugnábamos por una izquierda moderna, que fuese capaz de levantar postulados de igualdad con método y metas democráticos, encontramos numerosas coincidencias con el pensamiento del socialista venezolano Teodoro Petkoff en su libro *Proceso a la izquierda*: “Desde hace algunos años –pocos, es verdad– hemos ido adquiriendo la convicción de que en el modo de ser izquierdista, en el comportamiento político general de la izquierda, en su manera de abordar la formulación de un proyecto alternativo para la sociedad actual, existen factores que refuerzan la acción de los mecanismos ideológicos que la burguesía hace operar con respecto a la izquierda y el socialismo. Dicho en otros términos, a esa muralla que la derecha levanta continuamente entre el pueblo y los revolucionarios, éstos le colocan unos cuantos ladrillos que la hacen aún más alta y maciza” ¹⁹. Ahora Petkoff dirige un diario de oposición –*Tal Cual*– y encabeza en Venezuela a quienes, desde posturas de izquierda, se enfrentan al autoritarismo populista del presidente Hugo Chávez.

Precisamente cuando a un personaje como Chávez, que ha alcanzado una intensa concentración del poder y que se ha convertido en perseguidor de quienes no comulgan con ese desplante autocrático se le considera de izquierda, estamos ya no ante una confusión ni ante un empleo con ligereza de ese término sino frente a un auténtico abuso de las tradiciones y los principios de las izquierdas en América Latina. O, para deslizarnos a nuestro disputado escenario mexicano, cuando a Andrés Manuel López Obrador, un personaje autoritario y atrabiliario –a quien, con agudeza, Roger Bartra ha calificado como

¹⁸ Consulta Mitofsky, *Boletín semanal de Consulta* número 135, agosto de 2005. Reproducido por el Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública de la Cámara de Diputados.

¹⁹ Petkoff, op. cit., p. 16.

exponente de un “populismo conservador”²⁰– se le ubica también en la izquierda, nos encontramos ante una crisis no ya de ese término sino de las coordenadas políticas todas.

A fines de 2005 escribí que la única forma para que López Obrador realmente fuera de izquierda era que se volviera zurdo²¹. Si en 1988, con la adhesión en torno a la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas la mayor parte de las izquierdas mexicanas hicieron una apuesta riesgosa pero en ese momento promisorio –al difuminar transitoriamente su identidad para respaldar un frente que tenía posibilidades de llegar al poder– en 2006 ya no había alianza sino desvanecimiento de las fuerzas políticas que en algún momento fueron izquierda en este país.

Junto a sus innumerables padecimientos, tropiezos, ensimismamientos y disputas, hasta los años ochenta del siglo XX las izquierdas mexicanas habían mantenido un perfil distinto de otras formaciones políticas. Frente a la descomposición de los gobiernos encabezados por el PRI, la mayor parte de las corrientes y agrupaciones de izquierda sostenían exigencias de limpieza y depuración en el quehacer político. Tanto en el trabajo sindical que tenían a su alcance como en las primeras incursiones en el quehacer parlamentario a partir de la reforma política de los años setenta, los grupos de izquierda solían reivindicar, en los dichos y los hechos, la defensa de la democracia. Frente al conservadurismo de la derecha anidada lo mismo en segmentos del PAN que en partidos más pequeños y en organismos empresariales y civiles, las izquierdas se singularizaban por defender causas como la igualdad ciudadana de las mujeres, el respeto a las diferencias sexuales, el derecho al aborto o los derechos de los jóvenes entre otros temas. Las tácticas clientelares y las trampas electorales –mucho más las primeras que las segundas– que se contaban entre los recursos que le habían permitido al PRI mantenerse en el poder, eran invariablemente descalificadas por las izquierdas. La defensa de privilegios que acentuaban la ingente desigualdad social y las pretensiones para ampliar el espacio público de la jerarquía de la iglesia católica, que eran parte del interés de los grupos reputados como de derecha, eran abominados por las izquierdas.

No pretendemos que las izquierdas constituyeran un territorio de relaciones políticas idílicas y que no experimentasen contradicciones e inconsecuencias. Al contrario, la historia de ese flanco de la política mexicana es

²⁰ Roger Bartra, “Fango sobre la democracia”. *Letras Libres* número 93. México, septiembre de 2006, pp. 16-22.

²¹ Raúl Trejo Delarbre, “La izquierda extraviada”. *Nexos*, diciembre de 2005.

fundamentalmente el de sus fricciones intestinas y el de sus indispensables recomposiciones. Pero, en términos generales, la política por la que se empeñaban corrientes y grupos de talante socialista, comunista, trotskista o libertario entre otras adscripciones, se distinguía por querer ser distinta a la que ponían en práctica grupos y partidos con posiciones de poder. Las izquierdas a menudo eran profundamente excluyentes, ensimismadas e incluso intolerantes. Pero, gracias a la política que proponían, eran diferentes al ejercicio político tradicional en México.

La cultura política priista nunca fue patrimonio exclusivo del Revolucionario Institucional. Sin duda en ese partido hubo –y quizá hay– militantes interesados en desarrollar una política distinta. Y con toda certeza, también fuera del PRI hay quienes ejercieron y mantienen el lucro privado con recursos públicos, la utilización clientelar y patrimonialista de los recursos y la fuerza del Estado para favorecer causas particulares, el favoritismo, la corrupción, el reforzamiento de las estructuras y conductas autoritarias, el sometimiento de los adversarios, la persecución política con recursos que van desde la coacción y la cooptación hasta la reclusión y la represión. Las izquierdas en México padecieron en no pocas ocasiones esas actitudes políticas. Más tarde se mimetizaron con ellas.

Volcadas en el esfuerzo para hacer política nacional y no solamente marginal aprovechando cauces y circunstancias que ellas mismas habían contribuido a crear, las izquierdas, sus grupos fundamentales, se comprometieron en la construcción de la democracia política. Los principales grupos de ese signo político instituyeron nuevas y cada vez más amplias coaliciones en un esfuerzo para privilegiar sus coincidencias mutuas. El Partido Socialista Unificado de México en 1981 y el Mexicano Socialista en 1987 fueron intentos, en su momento venturosos aunque estuvieran constreñidos por atávicos dogmatismos e incluso por tortuosos burocratismos, para darle coherencia y presencia a la política de izquierdas. En ese trayecto se atravesó la candidatura presidencial del ex priista Cuauhtémoc Cárdenas a quien las izquierdas primero respaldaron –entendiendo que en la elección de 1988 se dirimían opciones nacionales de la mayor importancia– y luego se subordinaron.

La coalición que dio lugar en mayo de 1989 al Partido de la Revolución Democrática amalgamaba la amplísima diversidad de corrientes y posiciones de izquierdas junto a sus nuevos aliados provenientes del PRI. Pero en lugar de que en el nuevo partido se asentaran el discurso y las prácticas que al menos retóricamente las izquierdas decían sostener, al interior del PRD y en sus áreas de influencia políticas se propagó la vieja cultura política priista. Al acceder a distintas posiciones de poder –primero municipales, luego estatales,

a menudo legislativas— los militantes del PRD, aunque desde luego en ello hubo y sigue habiendo excepciones, reprodujeron muchas de las conductas y el pragmatismo que tanto les habían cuestionado a los miembros de otras formaciones políticas.

Con López Obrador, predominio de la vieja cultura política priista

Con Andrés Manuel López Obrador la antigua cultura política del priismo cristalizó en la práctica y el perfil públicos del PRD. O, mejor dicho, el liderazgo de ese personaje significó la supeditación de la estructura y la influencia social del Partido de la Revolución Democrática al interés personal, los hábitos clientelares, el mando autoritario y las usanzas populistas de ese ex jefe de Gobierno de la ciudad de México. No nos detendremos aquí en el examen de la administración que ejerció ese gobernante ni en sus propuestas políticas. Simplemente podemos preguntarnos, a la luz de los episodios más importantes en el camino de López Obrador hacia las elecciones de julio de 2006 y más tarde, en la disputa en torno a los resultados de aquellos comicios, si la que manifestó era una actitud de izquierdas.

En varios momentos durante su gestión al frente del gobierno de la ciudad de México, López Obrador demostró que la legalidad le interesaba únicamente cuando le favorecía. De otra manera, no dudaba en transgredirla incluso de manera notoria. El litigio, entre 2004 y 2005, en torno al terreno cuya expropiación en Santa Fe defendió ese gobernante a pesar de que había sido rechazada por las autoridades judiciales, estuvo repleto de equívocos y el gobierno del presidente Vicente Fox quiso aprovecharlo, con patética torpeza, para invalidar la candidatura presidencial de López Obrador. Pero más allá de esas implicaciones, el entonces jefe de Gobierno del DF se mostró claramente dispuesto a contravenir las decisiones judiciales.

La política social que desplegó esa administración estaba más interesada en suscitar la adhesión de centenares de miles de habitantes de la ciudad de México que en resolver las condiciones de pobreza de muchos de ellos. El gobierno de López Obrador pactó zonas de tolerancia mutua con grupos corrompidos (tianguistas, transportistas, inquilinos) e incluso con pandillas delincuenciales como las que operaban algunos de los viejos mandos policiacos que mantuvo en posiciones de responsabilidad. La información de muchos de sus gastos y proyectos la conservó en secreto, en contradicción con la apertura en la información pública que se abrió paso durante los primeros años del nuevo siglo. Y en materia de garantías individuales López Obrador siempre eludió expresarse acerca de asuntos como el derecho de las mujeres

al aborto, la legalización de las relaciones de pareja entre personas del mismo sexo y la eutanasia.

Aunque fustigaba la corrupción en administraciones panistas y priistas, López Obrador nunca reconoció los abusos y tráficos de influencia de varios de sus colaboradores más cercanos, entre ellos su secretario de Finanzas y su ex secretario particular. Aunque retóricamente cuestionaba la acumulación de capital y privilegios, le abrió la puerta para hacer negocios con el Centro Histórico al hombre más adinerado del país, Carlos Slim. Aunque más tarde culparía de su derrota electoral a las televisoras, durante su gobierno sostuvo espléndidas relaciones con los consorcios mediáticos y Televisa fue destinataria del gasto publicitario más alto que durante esos años ejerció el gobierno de la ciudad de México. Cuando le resultaba pertinente, reivindicaba a la legalidad y a las instituciones del Estado mexicano. Cuando fue evidente que no las encabezaría como titular del Ejecutivo Federal, despotricó contra ellas y se erigió como “presidente legítimo”.

Antes de las elecciones de 2006 el reconocido jurista Luis de la Barreda Solórzano, que años antes fue defensor de los Derechos Humanos en la ciudad de México describió, con una puntillosa dosis de ironía, el perfil político de López Obrador con tanta precisión que vale la pena reproducir de manera extensa aquel retrato: “Andrés Manuel López Obrador enarbola un discurso en el cual la prioridad son los pobres. El combate a la pobreza y a la injusticia social es una causa tan noble que en su defensa es válido replicar las prácticas que se censuraban en los gobiernos priistas y pasar por encima de la ley si ésta resulta un estorbo. El candidato perredista ha sostenido que le importan más sus principios que el cumplimiento del derecho. En su óptica maniqueísta, las leyes son injustas y las instituciones están corrompidas. Es legítimo vulnerarlas si de lo que se trata es de cumplir las aspiraciones del pueblo. Todos los medios de lucha se valen para alcanzar los objetivos y, además, refrendar la pureza y la infalibilidad con que invariablemente se actúa: la corrupción, el clientelismo, la desobediencia de la ley y de las resoluciones judiciales, la promulgación de leyes arbitrarias, la violación a los derechos humanos, la impunidad, el nepotismo, la obstaculización de la transparencia de la información pública, el manejo de grupos al margen de la legalidad, la tolerancia con taxistas pirata que corresponderán con la incondicionalidad, el auspicio de la proliferación del comercio ambulante al que se han entregado calles y plazas a cambio de cuotas y apoyo político, la ceguera de la Contraloría ante corruptelas de funcionarios militantes del PRD —es decir, de los puros y de los justicieros—, la utilización de la acción penal con afanes vindicativos, la publicación mutilada de ordenamientos legislativos, el reiterado

desacato a las suspensiones de los actos de autoridad ordenadas por jueces federales, la descalificación de la más grande manifestación que se ha visto en el país en la que se exigía un eficaz combate a la inseguridad pública, la indiferencia encubridora ante los múltiples linchamientos que se han producido en la ciudad sin que la procuraduría de justicia haya consignado a uno solo de los presuntos responsables —con los usos y costumbres del pueblo mejor ni meterse, dijo López Obrador—, el abandono de los policías que eran asesinados en el linchamiento de Tláhuac ante las miradas atónitas de los televidentes de todo México”²².

Ni el gobierno, ni las prácticas políticas de López Obrador fueron de izquierdas. Pero así se les ha considerado y con ellas coincidieron numerosos grupos y ciudadanos que se adscriben en ese flanco del espectro político.

La descomposición política e incluso anímica de dicho personaje no tendría relevancia dentro de la trayectoria de las izquierdas en México si no fuese porque esos ciudadanos y grupos quedaron supeditados a las pragmáticas decisiones y las veleidosas tácticas de ese dirigente. Nadie los obligó, por supuesto. Uno de los rasgos más preocupantes en la dislocación de principios y tradiciones de la mayor parte de las izquierdas mexicanas que resolvieron encandilarse con López Obrador, fue la ausencia de espíritu crítico y el allanamiento a un liderazgo que contradecía los principios de equidad, democracia y legalidad que habían reivindicado durante varias décadas.

El desconocimiento de los resultados electorales del 2 de julio de 2006 y la persistencia en la versión de que hubo fraude después de que cada una de las acusaciones y dudas acerca de esos comicios quedaron fehacientemente esclarecidas fueron expresión de soberbia e intolerancia pero, sobre todo, de una profunda incapacidad para admitir la derrota que por un margen muy pequeño sufrió el candidato presidencial de la coalición encabezada por el PRD. Esa no es la izquierda o, por lo menos, no es la corriente política que durante varias décadas se consideró comprometida con la democracia y sus consecuencias.

Una izquierda que represente “la vertiente ética de la política”

Hoy la antigua izquierda mexicana se encuentra desdibujada y prácticamente extraviada. Del viejo comunismo mexicano que cometió tantos errores pero que mantenía una perseverancia a toda prueba, de corrientes como el antiguo trotskismo, o de los grupos socialistas que entre otras vertientes de nuestras

²² Luis de la Barreda Solórzano, “La aureola de López Obrador”. *La Crónica de hoy*, 3 de marzo de 2006.

izquierdas aportaron paradójicas y a veces abnegadas cuotas de militancia, propaganda, organización y que constituían una presencia emblemática pero vigente siempre en el escenario político mexicano, hoy no queda sino un recuerdo indefinido y fundamentalmente triste. Gran parte de aquella izquierda minoritaria pero fructífera, se convirtió en subordinada de sus antiguos adversarios cuando quiso dar el salto a la política práctica y ya no solamente simbólica. Buena parte de los activos políticos y humanos de aquella izquierda quedaron al servicio de viejos priistas y priista es la experiencia, la manera de ver y hacer la política, el horizonte que tienen los dirigentes principales del Partido de la Revolución Democrática.

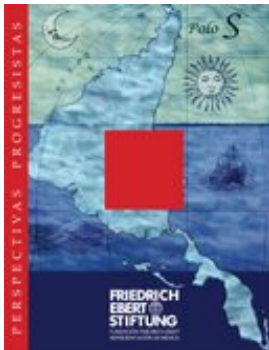
Por eso es harto difícil considerar que allí se encuentra la izquierda. Sobre todo si queremos, como ha dicho el ya citado Alfonso Guerra, que: “la izquierda representa la vertiente ética de la política, por lo que su función es cambiar el curso de los acontecimientos para acercarlos a los ideales de igualdad, humanidad y dignidad”²³. Nada de eso hay en los segmentos dirigentes ni en el comportamiento emblemático del que muchos consideran el gran partido de la izquierda mexicana de nuestros días.

Frente a esos vacíos sería deseable una izquierda que se hiciera cargo de la complejidad pero también de las nuevas opciones de desarrollo cultural, social, personal que el mundo contemporáneo las ofrece a las mujeres y a los hombres. Una izquierda que se reconociera en la creciente multiculturalidad que puebla y redefine a nuestras naciones, que defendiera los derechos humanos y entre ellos el derecho de los individuos a tomar decisiones sobre sus asuntos personales como parte de una actitud cotidiana y no sólo como gesto de ocasión, que entendiera y promoviera el acceso sin exclusiones a las nuevas tecnologías de la información, que asumiera sin impostados catastrofismos pero sin dilaciones los riesgos del cambio climático y otros desafíos ambientales, que concibiera a la democracia como un proceso en permanente construcción y en el cual antes que nada se requiere de actores políticos comprometidos con reglas de equidad y participación.

Hay quienes consideran que las izquierdas se quedaron sin rumbo debido a la ausencia de utopías. Quizá la utopía que es posible enarbolar, a estas alturas de su deterioro, sea querer una izquierda realmente digna de ese nombre.

México, D.F., 12 de marzo de 2007

²³ Guerra, cit., p. 33.



Perspectivas Progresistas ofrece un espacio para la innovación de ideas e interpretaciones sobre México; puente de pensamiento entre puntos de vista de la centro-izquierda y ámbito de discusión sobre el tipo de sociedad con que sueña y a la que aspira la “ciudadanía” mexicana.

www.fesmex.org

Sobre el autor.

Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. (IISUNAM)
rtrejo@servidor.unam.mx . Blog: <http://sociedad.wordpress.com>



La Fundación Friedrich Ebert en México

La Fundación Friedrich Ebert (FES) es una institución privada sin fines de lucro, comprometida con las ideas y los valores de la democracia social. Su nacimiento data del año 1925, debe su nombre a Friedrich Ebert, primer presidente alemán democráticamente elegido. Hoy en día los ejes centrales del trabajo de la FES son justicia social, democracia activa, fomento de la investigación, reforma social y estrategias políticas para la configuración de una globalización incluyente.

Nuestra oficina en México es una de las más antiguas de América Latina; en 1969 comenzó sus primeras actividades. En la actualidad, el trabajo de la FESMEX se organiza a través de tres programas: a) diálogo político e internacional, b) diálogo sindical y de género y, c) fortalecimiento de capacidades de actores socio-políticos identificados con la centro-izquierda. Ofrecemos plataformas de reflexión sobre la política exterior mexicana, su papel como actor regional y global; diálogos para la modernización de los sindicatos, la democracia sindical, el fortalecimiento de capacidades para su acción internacional y herramientas para una inserción equitativa y competitiva en la globalización. La formación política de nuevos liderazgos democráticos y progresistas ocupa un lugar central de nuestros esfuerzos, así como la asesoría a nuestras contrapartes en conceptos políticos innovadores, tales como: participación política femenina, política social, seguridad ciudadana y espacios públicos, migración y desarrollo fronterizo, calidad de la política, ciudadanía y democracia comunicacional.